FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR (A)
Homilía del P. Joan Recasens , monje de Montserrat
12 de enero de 2014
Is 42,1-4,6-7 / Hch 10,34-38 / Mt 3,13-17

En aquel tiempo... Jesús se presentó a Juan para que lo bautizara... Apenas se bautizó... se abrió el cielo… y vino una voz del cielo que decía: "Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto".

Queridos hermanos y hermanas,
Al celebrar hoy el bautismo de Jesús celebramos la tercera de sus grandes manifestaciones como Hijo de Dios enviado al mundo para predicar la Buena Nueva de la salvación. La Navidad nos hacía contemplar el humilde nacimiento en la gruta de Belén del Hijo de Dios hecho hombre adorado por unos simples pastores; con la fiesta de la Epifanía celebrábamos el reconocimiento de los Magos como Rey y Señor de todos los pueblos; y hoy con la fiesta de su bautismo celebramos la manifestación de Jesús como Hijo predilecto de Dios Padre.

En el texto del evangelio que hemos escuchado, como se suele decir, se pueden encontrar dos niveles posibles de lectura que se complementan mutuamente. Por una parte, un nivel humano que muestra el momento en el que Jesús de Nazaret, el judío hijo de José y María, que hasta entonces había vivido como cualquier otro joven de su pueblo, asistiendo y participando en las reuniones religiosas de cada sábado, comienza a sentir una cierta inquietud interior que le hace creer que Dios le llama para llevar a cabo una misión especial en bien de su pueblo oprimido.

El sector más fiel a Dios del pueblo judío esperaba que el Señor, -el Dios que se había manifestado a sus antepasados, el que los había liberado de la esclavitud de Egipto y el que no había abandonado nunca su pueblo-, pronto se manifestaría de una manera especial para llevarles la liberación de todos los males que los aquejaban. Era una esperanza que se mantenía firme en buena parte del pueblo sencillo, a pesar de todas las traiciones de los poderosos de Israel. Y es precisamente esta esperanza que resuena en el joven judío que es Jesús. Escucha la palabra de los profetas que se lee cada sábado, ve que el pueblo fiel es como un rebaño sin pastor, siente la llamada personal de Dios y toma conciencia de la misión que el Padre le quiere encomendar: anunciar la Buena Nueva de salvación. Y lo deja todo para dedicarse plenamente a esta misión. Y siguiendo el movimiento promovido por Juan el Bautista se hace bautizar en el Jordán con el bautismo de Juan y es cuando se oye la voz del Padre que lo proclama su hijo predilecto.

Este es el sentido puramente humano, que podemos captar en el fragmento del evangelio de hoy respecto a Jesús. Hay sin embargo, una lectura más profunda, más incisiva, que es la que las primeras comunidades cristianas descubrirán más tarde en este hecho del bautismo de Jesús. Sin negar la visión humana, verán una realidad más misteriosa pero no menos verdadera. Y es esta realidad trascendente la que hoy celebramos.

Descubrir por la fe que aquel simple hombre, Jesús de Nazaret, que se hizo bautizar y que se puso a predicar la Buena Nueva de salvación para toda la Judea y Galilea, era y es de verdad el Hijo de Dios hecho hombre enviado por padre para salvar la humanidad será lo que dará inicio a las primeras comunidades cristianas. Cierto que mirado con ojos humanos esta afirmación puede resultar escandalosa ya que huye de toda experiencia humana. Creer que en un hombre como nosotros viva, hable, ame, sufra, salve Dios. El Dios que nadie ha visto nunca, se hace presente, se hace audible

y se hace hombre, en Jesús de Nazaret. Es la afirmación, como decía, más escandalosa y difícil de comprender, para las primeras comunidades cristianas y la Iglesia a través de los siglos.

No hay ninguna explicación racional que justifique esta fe. No hay pruebas ni demostraciones que eviten en el creyente dar el salto pasando de ver en Jesús a sólo un hombre a ver el rostro de Dios, su palabra, su salvación. Un salto, un paso decisivo, que sólo es posible en aquellos que hacen camino con Jesús, que le siguen, que escuchan y que se sumergen en su enseñanza y en su vida. Fue después de este largo camino, que los apóstoles y los discípulos, descubrieron en aquel hecho del Jordán el signo anunciador de lo que ellos creerán y proclamarán más tarde a toda la humanidad.

En cuanto a nosotros, podríamos recordar lo que significó y significa aún hoy nuestro bautismo. También fue el inicio de un nuevo camino, como una semilla que ha de encontrar después su crecimiento y su realización. Fue un hecho en el que también podemos ver dos niveles de lectura: uno, el humano, el de la buena voluntad de unos padres que pidieron el bautismo para nosotros; el otro, trascendente, el del amor de Dios que se manifestó misteriosamente, pero realmente, para hacernos de verdad hijos suyos comunicándonos su Espíritu de vida.

Como Jesús, es necesario que también nosotros seamos fieles a la misión que en el momento del bautismo Dios nos confió, la de ser predicadores con la palabra y el ejemplo, en medio de la sociedad que nos rodea, de su buena nueva de salvación.

Pidamos que el Señor nos dé el coraje y la fuerza para poder ser, como Jesús, constructores de un mundo mejor.